

## Los días vencidos

JOAN BARRIL



### Los pianos salvajes

**B**arcelona se halla llenado de pianos. Dicen que son unos 20, que ya es mucho. Lo importante de esa juerga de pianos asilvestrados no es únicamente que hayan sido pintados por alumnos de arte, sino que se trata de pianos públicos, es decir: al alcance de cualquier ciudadano que pase por allá y decida tocarlos. Es una novedad. Cualquiera de nosotros ha visto que los pianos más o menos privados, ya sean de una escuela, de un bar o de una sala de baile, están cerrados con lla-

ve. Junto a ellos acostumbra a haber una mesa de sonido enormemente cara que puede ser objeto del vandalismo o del descuido de una bebida caída sobre sus sofisticados circuitos. Pero lo que verdaderamente es objeto de protección es el teclado del piano. De ahí que esa apuesta por el piano público la entienda como un acto de confianza en el ser humano. Probablemente habrá salvajes que aporrearán sus teclas, pero tal vez del piano surjan algunos pianistas que ignoraban su condición de tales.

El piano no exige un esfuerzo labial como los instrumentos de viento. Tampoco se nutre de la habilidad de los dedos para no pisarse, como sucede con guitarras, laúdes o mandolinas. El piano es un instrumento que siempre da aquello que le pedimos. Para enaltecer la sabiduría implícita del piano acudo a la obra magna del musicólogo **Ramón Andrés**, editada por Península y que no es otra que el *Diccionario de los Instrumentos Musicales*. **Andrés** nos obsesiona con unas cuantas páginas dedi-

cadadas a la evolución del teclado, desde el clavicordio o la spinetta, que pinzaba la cuerda, hasta los alboros del forte-piano, luego convertido en pianoforte y finalmente abreviado a piano, provisto ya de los martillos que golpean sobre las cuerdas y del fieltro que da la tonalidad idónea para las composiciones románticas. La belleza surge del genio humano, pero la herramienta es imprescindible. Es distinta la escritura con pluma de ganso que la escritura con procesador de textos. Lo mismo sucede con la música. Es distinto el piano primitivo que el piano evolucionado, de la misma manera que el piano de concierto pide otro tacto distinto al piano con humo y copas del jazz. ¿Que música saldrá ahora de esos pianos salvajes para que la gente los acaricie?

Sin embargo hace falta algo más que 20 pianos para calmar a la fiera que, legítimamente, llevamos dentro. La música es, más que una habilidad, un sentimiento colectivo. Y para esa comunión hace falta un respeto que no siempre se da. A menu-



TONO VEGA

do se ven en las esquinas de las ciudades a músicos que tocan sus canciones o sus instrumentos y frente a ellos hay siempre un paño en el que los transeúntes depositan sus pequeños euros. Yo siempre soy sensible a esta pequeña contribución –que no limosna– para la música callejera. Aunque solo sea para dar ánimos al músico que ha de jugar al estrabismo de mirar con un ojo a la partitura y con el otro al policía municipal que intenta sacarle de allí. La historia de la humanidad se basa en actos íntimos, pero también en actos públicos. La decencia impide ofrecer los primeros, pero la inteligencia exige que aplaudamos a los segundos. Veremos qué pasa ahora con esos pianos que, lejos de distraernos de nevadas y de prohibiciones, nos llevan a los tiempos en los que el arte no tenía fronteras y los compositores no eran ni alemanes ni ingleses ni españoles, sino simplemente traductores –es decir, intérpretes– de una sensación colectiva que nos hace mejores personas. ■